



ILUSTRACIÓN: JULIO HERRERA

MUJERES A DOS TIEMPOS

Cuento

Fernando Naranjo

Me siento oficialmente loca pero sólo mi padre me defiende.

Esta aseveración, que lleva implícito que padezco de alguna suerte de castigo social, habla bien de mi padre que deplora en mi sufragio la desfachatez de cierta gente que asume como irrefutable mi chifladura... Pero, la verdad sea dicha, él es el culpable de mi drama.

A mis catorce años

Cuando te conectabas al internet, la computadora sonaba como fax (esa retahíla insoportable de chillidos desafinados...) y pasabas obligadamente por unos segundos de “nieve” que, según mi padre, era el “eco de radiación de fondo negro de la creación...” Poco tiempo después apareció un iluminado que sugirió que en esa nieve de tu PC podían anidarse mensajes de extraterrestres, ¡y que tú podrías detectarlos!

¿Quién se dio por aludido? Papá, desde luego.

Como las computadoras me eran indiferentes (mal síntoma 1),

a él naturalmente le pareció muy didáctico introducirme al mundo de los ordenadores mediante esa argucia que habrá considerado genial. Para mi desgracia hice contacto (mal síntoma 2), pero no con ET sino con una de mis remotas descendientes.

¡Quedé paralizada de espanto cuando aquello sucedió!

“Aquello” se anunció de este modo: la nieve del monitor se aclara, los gránulos se calman, se ordenan y decantan hasta que surge un rostro: el rostro afable y tristón de una rubia de cabello cortísimo; luego el rostro se desvanece y queda un texto... ¡Para mí!

Y cuando le conté de esto a mi mejor amiga (mal síntoma 3), la infeliz de Priscilla Suárez dejó de serlo (como una semana) porque fue con el chisme al resto de la clase que comenzó, ipso facto, a joderme la vida. ¿Y papá? Pues él me creyó a su modo... El problema es que no había modo de guardar esos mensajes de... ¡mi súper tataranieta!, que aparecían justo antes de que la máquina comenzara a correr sus rutinas; solo cuando llegaron los celulares con cámara fotográfica me pude salvar de ese tipo de escenario donde terminas creyendo que son los demás quienes tienen la razón.

La señal

Ese día menstruaba, figúrense qué puntería la de mi nieta.

El Contenido

Tengo muchas dudas; pero supongo que te escribo para entenderme. No soy una mujer sola, pero como si lo fuera. Soy oriunda de Evalith, una colonia populosa que rota grácil sobre Titán, y mi opción —hoy por hoy— es la de abandonar a todos mis amores; este es el siglo XXVI. Sé que provengo de ti... Me hicieron pruebas del ADN mitocondrial y rastreamos los genes hasta tus años en la vieja Tierra.”

Primeras reacciones

Llamé a Priscilla. Por esos días yo aseguraba que debía ser ella quien se mereciera un loco de padre como el mío.

—¿Priscilla, me escuchas? ¡Me dejas ya de joder con esos mensajes! ¿Sí? —Le pedí vía telefónica y con falsete de mujer decidida a todo.

—¿Pero, de qué hablás, piba? ¿Te dormiste “al calor de las masas”? —Cantó, argentinizada.

Vino a casa y, maldita la cosa: ¡el mensaje ya no estaba!

—“Sólo así yo te veré” —alegó musicalmente—: “a través de mi persiana americana”. Apagó el aparato, niña, y volvé a prenderlo.

La piba tuvo razón.

—¡Que estás reloca, niña! —dictaminó después de examinar una y otra vez el contenido—. O sos bipolar, o son cosas de tu viejo.

Más Mensajes

Concluí que mi súper nieta tenía extrañas limitaciones para sus envíos: el siguiente mensaje llegó al mes, en realidad 32 días después (mis reglas siempre fueron irregulares).

Acá —te cuento— no parimos como vosotras... Sé cómo se administra el crecimiento poblacional y todo ese asunto de las gestaciones planificadas en los laboratorios de “Concepta”, pero en realidad no sé cómo vine al mundo. De mi infancia sólo guardo memoria desde mis cinco años y de los paternos de la Comuna Makarenko, Toroide Gamma de Evalith”.

—¿Y por qué tiene que hablar de su infancia? —me pregunté en voz alta—. Y allí mismo sucedió algo increíble: el texto de súper nieta se desplazó hacia abajo y apareció este otro:

Me documenté de los métodos que usan en tu tiempo para entender los mecanismos de conducta derivados de la represión consciente de impulsos... Desde la infancia... Supuse que os haríais una visión más adecuada de cómo somos si te enterabas de cómo era nuestra niñez.

—Si toda esta payasada —Priscilla dijo “pashasada”— resulta ser cierta, me alegra que en el futuro aún se hable en cristiano... y castizo.

—¿Has oído de alguien a quien le suceda algo como esto? —le pregunté.

—Para nada, piba. ¿Hablaste con tu padre?

—¡Cree que fantaseo! “¡Al fin, una escritora en la familia! ¡Y de SciFi!” dijo hecho el chistoso.

—¡Ja! ¡Este es otro caso más para “La Araña”! —opinó Priscilla, cuyas evocaciones de la Pequeña Lulú eran tan copiosas como las de Cerati—. Bueno, pelada, “hoy las páginas se mezclan y es curioso estar aquí”; no puedo menos que admitir que esto es lindo pero que está raro.

¡Mi súper nieta no volvió a asomar sino un año después!

Ya casi habíamos olvidado el asunto y había perdido la cuenta de cuántas menstruaciones mediaban entre el presente y su último mensaje. Personalmente, yo creía que todo era verdad, lo disimulaba, no lo comentaba, pero también me negaba a cambiar de computadora. Priscilla se encargó de trasladar todos mis cachivaches virtuales a la nueva ordenadora que papá me impuso como de uso cotidiano. La “viejita” quedó, en exclusiva, para las misivas de Súper nieta... que estaba pasando por una crisis amorosa: ¡con qué denuedo se esforzaba por querer a un solo hombre! El suyo era un rostro inmerso en la duda, que era lo último en desvanecerse antes de que surgieran los textos.

El hombre ese

No sé cómo desactivar el silencio ni cómo volverlo a mí.

Hace poco tuve que salir de la residencia de la Gobernación Metropolitana,

donde viví tres años con Bergman y otra gente; así que ahora vivo con ÉL, que ha permitido que traiga mis cosas a su casa, ha consentido que haga un lugar en su lugar, me autorizó que reordene los espacios, que administre (que invada) segmentos de su tiempo y que disponga de sus créditos a discreción. Cuando no está y cuando no estoy de guardia en la Escuela Náutica, discuro por su casa tocándolo todo, jugando a estar ciega, impregnándome de ÉL y de sus cosas... Pero no da resultado: nada cambia. Hasta he probado con un sensor de feromonas para saber cuándo está sexualmente dispuesto, y ahora hasta percibo sus secreciones más íntimas en su ropa (y me encanta pensar —te cuento— cómo va a lucir, aunque dudo en dar ese paso, para mí crucial, de escoger su atuendo). Y, entonces, ahora que hay nuevos sudores en mi olfato, he comenzado a lavar su ropa. Sé que le ofende, pero no lo hago por servilismo. Aunque me pregunto si no será una táctica urdida solo por mis afanes y que abandonaré en un mes, por ejemplo, y todo para serle necesaria. Lo cierto es que no quiere saber de mí, aunque haya aprendido a cocer verduras, o a freír el maíz que traigo desde las granjas del anillo externo.

—¡Ah! —chilló Priscilla, simulando un brutal atragantamiento—. ¿Qué se creen? ¡La una servil y el otro bien servido! ¡ÉL, ÉL, ÉL! ¡Qué manera de permanecer inmutables los machos de esta especie, por Dios! ¡Allí hay un claro ejemplo de sojuzgamiento social por parte de una falócrata insoportable! ¡Ay, Dios! ¡Yo no resistiría un futuro así! ¿Y qué va a decir ÉL, (con mayúsculas)? ¡Pero —rezongó malhumorada—, cómo tarda tu pariente en responder!

—¿Por qué las granjas deben estar en el anillo externo? —pregunté, por mi parte, pugnando por saber cómo vivía... si realmente vivía...

Priscilla no se dejó arredrar por mi pregunta ni por el giro que le conferí a la curiosidad.

—Esto es como ir de coles a nabos, ¿no? No importa, pelada. Como decía el poeta: Sé bucear en silencio. —Se tomó el mentón un buen rato y luego soltó—: Hay mayor gravedad... Hay más superficie de cultivo... Pueden controlar mejor el crecimiento de los vegetales con gravedad inducida.

—¿Y no habrá hidropónicos, o esos sistemas de goteo de fabricación israelí que anuncian por las revistas?

—Tal vez prefieran —dijo convencida— caminar por una granja, espantar pollitos, pescar chames en una poza, despertar con el canto del gallo...

—¿Hablas en serio? —le pregunté casi indignada de su lógica montubia—. ¿Por qué nos escribe?

—Ubícate, pelada: los mensajes llegan a tu buzón...

—Pero cómo me ubica y, bueno, suponiendo que aquello no fuese un problema, ¿qué gana?

—Entenderse. Eso dijo desde el comienzo, ¿no? Nada más que eso, que, dadas sus circunstancias, me parece bastante.

Mis 18

Nuestro tema de conversación favorito: los chicos.

—¡Cómo! —reclamó Priscilla, divertida—. ¿No has abandonado a todos tus amores?

—¿Como Súpernieta?

—¿Te has puesto a pensar que tal vez no seas tú la destinataria de sus mensajes?

Nunca nos ha dicho cómo se llama.

—No se lo hemos preguntado...

—¿Y crees en todo eso del ADN mitocondrial?

—Para nada, pero suena formidable.

—¿Y si fuera una broma de tu padre?

—¿Qué dijo La Araña, al respecto?

Priscilla se rió a carcajadas.

—Ha pasado tanto tiempo...

—Lo vigilo —le confesé—. La última vez que recibimos un mensaje estuvo celebrando su cumpleaños por una semana... ¿Cómo iba a hilvanar toda esa historia de la colonia de Titán con sus toroides especializados, de un día para otro, y así de borracho?

—¡Y si se trata de una historia escrita de antemano? —preguntó Priscilla, cautamente—. Una historia que te la van pasando de a poco. ¿Te das cuenta de que la secuencia de hechos es cotidiana, pero los recibes de mes en mes?

No me gustaba esa posibilidad, pero la había considerado. Mi objetividad cedía y anhelaba que todo fuera cierto. Le apreté la mano con afecto porque ella dudaba de todos, sistemáticamente, menos de mí.

De pronto hablábamos otra vez de hombres. Yo le comentaba de lo atrevido que era Javier... De lo mucho que me agradaba. Ella se puso circunspecta.

—¿Vas a contarle lo de Súpernieta? ¿Se lo vas a decir antes o después de un beso, o de algo más? ¡No, no! Escucha: te conozco, vos sos patética, le vas a decir que, a una amiga, que podría ser yo (“sho”), le sucede esto y lo otro, que qué opina...

—¡Qué te pasa! —le reclamé—. ¿No haces lo mismo con tu Fabiancito?

—¿Qué hago?

—Tú me contaste, “quiere ser el descubridor de todos tus misterios.”

—¡Los hombres son hombres! —dijo desalentada—. No hay forma de mejorarlos. De súbito, una luminosidad extraña del monitor de “la viejita” nos distrajo...

—¿Menstrúas? —preguntó Priscilla. Yo asentí, conteniendo la respiración.

—¡Es ella, Priscilla!

Simplemente sucede que tengo más tiempo y que encuentro más placer en dar que el que hallo en recibir. Lo ideal sería que renunciara al cuerpo, como decía el maestro Akira Govinda, allá en Ganimedes, pero aún no estoy lista. Y ha sido penoso: no es fácil renunciar a los encuentros casuales, a seducir a esos chicos guapos que de manera tan atolondrada te dejan en cueros, o echarse una buena corrida en el interior

de una burbuja; pero si he optado porque ÉL sea el escogido, el elegido, mi ungido particular, el objeto de todo mi amor, simplemente debo ser paciente.

Hicimos un grave y prolongado silencio.

—¡Esa mujer habla como vulgar cristiana! —concluyó Priscilla con desdén.

—¿Y qué con eso? Aunque la verdad es que jamás imaginé que “el futuro” nos aguardara con iglesias y santos.

—¿Seguís atea? Como tu padre, ¿verdad?

—¡Priscilla, si te oyeras!

Un mes después Súper nieta volvió. Su cabello había crecido mucho. Llamé a Priscilla que vino, a toda carrera.

Ayer sus amigos zarparon hacia el sistema Joviano. ÉL se quedó “transido de dolor”, así que fue a las torres de ataque. ÉL tiene acceso a esos lugares: no lo vi en el muelle donde, pensé, comenzaríamos compartiendo juntos nuestras primeras penas. Te comento: yo juzgo eso como de primera importancia: poseer juntos una mentira o un secreto o un dolor. Seguramente se estremeció de pena cuando las toberas de la “Solentiname” expulsaron su aullido de plasma. No he visto a nadie que odie tanto la soledad y que sea tan inepto para expulsarla de su vida. Pero ÉL jamás lo admitirá. Y ahora, ¿con quién va a disputar por mí? Ahora que se fue ese chico Sanpedro, ¿a quién aconsejará cómo tratar con las chicas?

Lo que me aterra es que cada día que pasa se endurece más. Es como si anduviera buscando heridas que lo curtan, que le sofoquen la sensibilidad o ese humor que yo creía perpetuo e imperecedero. Bergman (mi anterior hombre, como te comenté) cree que hoy por hoy Klaus sólo ríe cuando está ebrio; y eso me consta. Sólo entonces vuelve a surgir en él ese hombre que me poseyó de primera vez y que aún no me perdona que lo haya cambiado por quien después sería su mejor amigo.

—“Él”. ¿Se llama Klaus? —preguntó Priscilla, incrédula. Yo estaba, igualmente, fascinada.

—¡Ah, Priscilla, Priscilla!... ¡Mira lo que tenemos! ¡Pero qué sofocante ese Klaus!

—¡Normal! —intervino Priscilla con un falsete de enfado—. Pero es ella quien va a vencer, es una mujer de fe.

—Me refiero al nombre. Si no existe la familia, ¿qué provoca que alguien se llame Sanpedro, Klaus, Bergman? ¿O Akira Govinda?

—¿No crees que el camino de la santidad está plagado de tentaciones?

—Priscilla, “¡te hacen falta vitaminas!” —contraataqué—. ¡Qué santidad ni qué ocho cuartos, yo creo que es una calzón flojo!

Me causó extrañeza la nueva actitud de Priscilla. Lo cierto es que la broma — si era broma— llevaba demasiado tiempo activando nuestros pensamientos, nuestras simpatías, muchos rechazos, y usurpaba demasiada simbología de nuestra ideología cotidiana.

Para no abrumarla suscitó el asunto de cómo haría Súper nieta para enviar sus mensajes a través del tiempo.

—¡Deben ser taquiones! —dijo Priscilla sin pensarlo dos veces.
—¡No! Pero cómo... Yo me figuro que en una sociedad donde manejan taquiones como si se tratara de un microondas, sus hembras no se las van a pasar pensando en cómo hacer para que se las tiren. Además, debimos interceptar sus mensajes mucho antes, o con más frecuencia.
—Recién contamos con tecnología de recepción.
—¿High-tech, este adefesio de “la viejita”? —cuestioné, mostrando el teclado—. ¿Cómo convierto un taquíon en onda de radio o en fotón?
—Habla con la NASA.

De la muerte y de la vida

Seis meses después de aquel evento sucedió algo insólito y doloroso. Mamá murió... Y no había consuelo posible. De pronto, como un zarpazo brutal, sólo quedó la memoria de cuando vivió con nosotros Laura Antonieta Flores, la radical, como le decía papá. Al releer estas notas donde jamás ha sido nombrada ni aludida, tal vez invito a pensar que entre las dos no hubo diálogo ni contactos... Es todo lo contrario. Lo que sucede es que esta historia es la historia de mi nieta. Aquí no hay testimonios de mis paseos con mamá, de nuestras charlas, de nuestras risotadas, ni de mis otros hermanos... ¡De pronto se va para siempre, de la manera más infame y despiadada!

Y en medio del dolor de aquellos días emerge Súpernieta embutida en ese soliloquio cotidiano e intrascendente de sus amores, cojudos para una época tan exótica.

Pero, ¿será que ÉL realmente no puede entender que amaba al otro, pero que su semilla de ÉL simplemente tardó más de lo usual en germinar en mí? Eso lo descubrí exactamente igual como sucede en el libro del Génesis. Cierta ocasión deambulaba desnuda (hace años de eso), por el jardín del habitáculo que compartía con Bergman, cuando éste pasa del área social a la cocina con una confianza chocante, atrevida, que yo no tenía por qué consentir porque me abochornaba; pero entonces él me vio, sonrió con lujuria, se aproximó y me pellizcó la nalga y yo corrí, literalmente, a cubrirme.

—¿Qué te dio? —preguntó Bergman extrañado.

—Nada —le dije, sinceramente—, que estoy desnuda. ¡Vete!

Pues bien, quise replicar la misma experiencia en casa de Klaus para ver qué pasaba, y entonces desnudé a “su Chica” (oye Chica, ven acá Chica, ¿tienes un minuto, Chica?, así me trata) y la envié a rondar en cueros por los vericuetos de su hogar media hora antes de que él llegara para que “su Chica” se ambientara; pero cuando por fin llegó —sobrio—, me miró sin parpadear por unos cinco segundos, mientras yo me quedaba allí en suspenso, agitada, descolorida, con el tiempo entrecortado. Luego desapareció detrás de un armario de su habitación, uno que tiene una puerta con espejo que, al abatirla, se encargó de regresarme el color de la piel erizada y mi postura, algo ridícula y encogida. Traté de enderezarla: erguí los pechos, sumí el estómago, broté el culo;

pero, enseguida, la imagen se fue en medio de un giro veloz, mientras la puerta se cerraba detrás de una bata que volaba directo hacia mi cabeza.

—¡Está loca por Klaus, pero se da sus escapadas con Bergman! —dije fatigada por los dolores provocados por la ausencia de mamá, que impregnaban a todos y a toda la casa.

—Tú no ves más allá de las apariencias —sentenció Priscilla—. Mater et magistra.

—¿Hablas en latín, ahora? ¿Qué estás comiendo, Priscilla? Debo iniciar contigo una renovación ideológica inminente. ¿Te quedas a dormir esta noche?

Sí, se quedó, pero esa noche, otro mensaje terminó por descolocar a mi amiga:

El caso es que no lo vi triste. Viéndolo bien, jamás lo he visto triste. Me lo imagino triste, que es distinto (por mí, por lo “nuestro”, por sus amigos, por su ropa sucia, por sus frustradas aspiraciones políticas), pero debe tratarse de una de mis idealizaciones de ÉL: sentirlo débil y pobrecito para que me necesite, para consolarlo, para mimarlo. ¿No será que todo cuanto quiero es tener un hijo?

—¡El mundo nos necesita! —concluyó Priscilla angustiada. ¡A mí me asustó lo que le estaba sucediendo! Al filo de un trance: extendió sus manos, echó hacia tras su bella cabeza, entrecerró los párpados y rezó unas letanías por más de un minuto. Yo estaba absorta:

—Priscilla, ¿qué diablos haces? ¿Qué te pasa?

Luego se marchó, sin explicar ni decir palabra, a pesar de lo avanzada de la noche y, desde entonces, dejamos de vernos. No sabría decir qué nos pasó, lo cierto es que ambas encontramos toda suerte de razones y de excusas para apartarnos. Por esos días Cerati entró en coma. Me dolió como debió dolerle a Priscilla. Pero no la busqué. Sus citas, las mías, mi hombre de esos días, que el cine, las cenas... Hasta que otro mensaje, un año después, trajo de vuelta a Súpernieta con una hermosa melena llena de bucles adornada con florcitas primorosas.

La Novicia

Andaba muy oronda con lo de mi paciencia. La ejercía con tanto denuedo que casi era un sustituto del amor, hasta que me enteré ique se iba hacia los Asteroides Troyanos! Los astrónomos de la Escuela Náutica me informaron que la ventana entre Titán y los asteroides Troyanos se abriría como por 8 años y que eran inminentes las operaciones de contrabando entre la Nación de los Coros de Troya y nosotros. ¡Escaramuzas independentistas! ¿Te vas, amor mío? Me pregunté en silencio, para no pasar por el bochorno de su indiferencia. Pero ya en casa continuó simplemente mudo. Como siempre se metió en su cuarto, se dio un baño y puso al día su correspondencia. Pude sentir que se cabeceaba de sueño, cuando bostezó y cuando se metió en la cama. Entonces me desnudé aplicadamente y lo seguí. Sentí sus piernas peludas y entonces le dije, muy claramente.

—Llévame. Llévame a los Coros de Troya.

Y, como nunca, en muchos meses, su “Chica” sintió algo singular y definitivo, muy pero muy parecido a la dicha, ¡porque al fin le habló!

—¡Estás loca, Chica! —me dijo.

Y eso fue todo. ¡Pero era tanto! Detrás de esa frase guasa, de indulgente desprecio, escuché con toda claridad el resumen de lo que es un amor recuperado, su nueva semilla de ternura por mí. No cabía la menor duda: ¡era eso!

—¡Oraré por ella! —dijo Priscilla, que me había ido a visitar, a los tiempos.

—Nadie te lo impide —le dije afectuosamente—, pero, te cuento: YO, yo ni siquiera he parido al hijo o la hija que asegurará la estirpe y la emergencia de esta nieta en el futuro. Pensé que orarías por mí.

—Siempre lo hago —dijo Priscilla, radiante—. Dios no tiene tiempo, él lo abarca todo. ¿Por qué no ha de escuchar mis ruegos por las ovejas del futuro?

—¡Priscilla! —fue todo lo que se me ocurrió decir.

La siguiente ocasión que la vi, algunas semanas después, ya lucía el hábito de novicia.

—¡Oye, Priscilla! —la increpé—. Yo te he visto cómo eres por dentro y por fuera, te he visto hasta desnuda, eres tan hermosa, para Fabián y para todos esos muchachos que alborotas con tu lengua insolente... ¿Y vas a negarte a tener hijos?

—¿Te decepciono? —preguntó apenada—. Tranquila. Como nunca en la vida, estoy en paz conmigo. Disculpa que te haya abandonado todo este tiempo. Pero es que tú no eres precisamente un espíritu estimulante y motivador para la fe... ¿Ha escrito?

—Ayer... Sigue en la misma pendejada.

Debo reconocer que, al menos, Bergman era un hombre civilizado (él no habría soportado el saberme poseída por un hombre rudo y machista, que yo precisaba cierto refinamiento). Klaus, por el contrario, insistía en sus desconfianzas con miras de apocarme: “Y ahora que andas hecha la hacendosa y toda llena de piedades, ¿sabes qué? en los Troyanos te escogerán como fámula”. (Me espera a no dudarlo un lecho de abnegación, pero debo también advertirle que mi renovado voto de lealtad hacia él no sólo pasa por el amor que infunde, sino sobre todo por el temor reverente que me inspira el comparecer cada noche y cada despertar ante Aquel que todo lo ve). A Él las gracias le sean dadas.

¡Yo quedé estupefacta, muda! ¿Y Priscilla? ¡Priscilla aplaudió, Avanti en sus bodas con el Cordero!

Melina, de parto

Naturalmente volví a papá. Y le conté de los mensajes tal como él esperaba escucharlos: como si se tratara de un relato fantástico. Pero, eran tantos los vacíos que Súpernieta dejaba entrever en sus epístolas, que le pareció una historia interesante a la que habría que redondear y darle soporte.

—Es como armar el esqueleto de un pitecantropus sólo a partir de su mandíbula —opinó.

Los meses pasaron y fui a visitar a sor Priscilla, cuyos votos no la habían apartado de sus gracias musicales:

—¡Has vuelto, Melina! ¡Alza tus manos hacia Dios, que Él escuche tu voz... — dudó un instante, luego preguntó—: ¿Volvió?

—Para nada —le mentí—. ¿Qué crees?

—Que estás delgada y tetona... Que estás demacrada. ¡Melina! —dijo, llevándose las manos al rostro—. ¡Melina!, ¿qué has hecho?

—Digamos que estoy asegurando mi estirpe.

Mi amiga, tan bella, sonrió con su encantadora boca negada para siempre a todas las felaciones del Universo.

—¿Has pensado en su nombre y en bautizarlo? ¡Eres una loca!

No le dije quién era el padre, ni que, al embarazarme y dejar de menstruar, lo más seguro era que Súper nieta no volvería a comunicarse conmigo. Pero no fue así.

La noche que se lo conté a mi padre, aterrada pero decidida, ¡él, en cambio, se puso feliz!

—¡Eres fértil, Melina, eres fértil! —exclamó, como debió hacerlo el patriarca Abraham ante la preñez de su vieja Sara.

(Cuando una va dispuesta a que la manden a la mierda, a que le echen en cara los abusos a la confianza, que me salgan con esas expresiones de alegría es exactamente igual a como si me mandaran a la mierda, de verdad.)

Esa noche, pues, contra todo pronóstico Súper nieta volvió... para contar que estaba feliz. Y como esa dicha traía pinta de ser duradera... ¡adiós súper abuela!

Su felicidad inquieta:

Llena de emoción, tracé mis cálculos: Diez meses. Cinco de ida, cinco de vuelta. Añádale unos diez días entre carga y descarga, unos tres más para las tareas de frenado y estará de vuelta. Y yo me ganaré su amor y aprenderá que también puedo serle fiel nuevamente. El asunto es: ¿cuándo será su partida? Y es que no puede irse sin una sola frase hacia su “Chica”.

Hice acopio de todo el valor que me restaba. De cómo recibiera mis palabras dependía nuestro futuro. ¿Es que no lo comprende?, me preguntaba atormentada mientras me colaba en su lecho.

—¿Klaus? ¡Klaus, llévame! —murmuré cuando, de pronto, sentí un temblor, un gemido, un bramido, un meneo brutal, una mano de oso majándome las tetas, otra que me abría de piernas y ya estaba encima mío, jineteándome, como solo Dios manda.

No, no fue el fin. A pesar de que lo parecía.

Yo me las pasaba lidiando con mi barriga y con esa vida que crecía silenciosamente dentro de mí. Ese día decidí que papá debía saber el desenlace, como si se tratara de un cuento, y fui en su busca. ¡Ni saben lo que hallé: que papá no estaba en su estudio y que, detrás de su librero, al abrir la puerta y crearse un ligero vacío, cayó un gran pliego de

papel donde estaba el esquema de Evalith y sus toros concéntricos, y, garrapateadas al apuro, las genealogías de los personajes que mencionaba Súper nieta!...

La verdad es que lloré de pena, de pena por mí, de pena por esa nieta que nunca había existido y a quien amaba... Como pueden suponer, en eso entró papá y me abrazó con ternura...

¿Qué creen ustedes?

Papá me dijo:

—Debe ser la casa, o tal vez el sector, pero he recibido estos mensajes desde que eras una niña; así pues, cuando me hablaste de tu experiencia, preferí que creyeras que no era cierto y que yo lo había inventado todo. ¿Qué crees?

—Eso: que tú lo inventaste.

—Y si fuera cierto...

—Ya no te creo, papá. ¡Yo—no—te—creo!

Y salí de su estudio, muy deprimida y enojada. Tiré con violencia la puerta del dormitorio, apagué la luz y sólo quedó la rutilante pantalla de la compu vieja... Con un mensaje.

¿Puedes imaginar? Él es tan secreto y reservado, pero Klaus se ha comunicado por años con tu padre. Él se las arregló para que me hiciera esas pruebas de rastreo genético, que me llevaron a ti, y que estaban muy de moda cuando las mujeres de Evalith decidieron comenzar a parir... Por cierto, soy Melina Gertrudis Dumont, comuna Makarenko, de Evalith. Y va a ser varón. Ni creas que te voy a decir cómo lo llamarás.